

Ciencias del lenguaje y filología. Una lección inaugural académica

Language sciences and philology. An inaugural academic lesson

Karl Brugmann*

¡Venerable Asamblea!

La especialidad, de la cual tengo el honor de hablarles hoy como primer representante, recién nombrado en nuestra universidad, no se aproxima a ninguna otra ciencia entre las hasta ahora cultivadas entre nosotros, más que a la filología. Por lo tanto, ruego me permitan en esta hora dirigir su atención a estas dos ramas de la ciencia, al modo en el cual se encuentran vinculadas según su concepto y sus tareas, y cómo se hallan enfrentadas en la práctica.

Así como la solución de cada problema individual en una ciencia siempre parte de una conjetura inicial, también la determinación de la esencia y dimensiones de toda una disciplina ha tenido siempre su comienzo en representaciones difusas, en la generalización hipotética de observaciones incompletas. Solo paulatinamente y luego de algunas aberraciones, las diversas ciencias lograron tomar conciencia de manera nítida de sus objetivos y su relación conceptual con otras ramas de la ciencia en su totalidad, y aún en las últimas décadas uno se ha visto en la necesidad –debido a descubrimientos insospechados que abrieron nuevas perspectivas a la investigación– de determinar el concepto de las distintas ciencias de un modo diverso de aquel en el que hasta ahora estábamos acostumbrados a comprenderlas. No debemos entonces creer que todas las disciplinas hayan encontrado hoy ya su lugar definitivamente correcto e inamovible en el sistema de las ciencias por nuevos progresos de la investigación. Pero al menos siempre, y hoy más que nunca antes, teniendo en cuenta la partición y especialización progresiva de la investigación científica, debemos tener presente que allí donde ha tenido lugar una división del trabajo, no se establecen compartimentaciones artificiales, que solamente se consideran delimitaciones reales aquellas fronteras que son trazadas por la naturaleza del objeto de conocimiento, por el concepto de la ciencia misma. Esto último es válido también, según mi parecer, para la relación de la lingüística indogermánica con la filología.

La lingüística indogermánica –el llamado estudio histórico-comparativo del lenguaje– y la filología fueron declaradas a lo largo de décadas como disciplinas que, si bien tenían muchos puntos de contacto y algunas cosas que enseñarse mutuamente, eran distintas de acuerdo a su esencia y fines.

La emergencia y afianzamiento de esta perspectiva no debe asombrarnos. Al comienzo de nuestro siglo, había solamente dos pueblos a los que se otorgaba la dignidad de un tratamiento filológico: los antiguos griegos y los romanos. La forma en la cual la filología se posicionaba entonces ante ambas lenguas clásicas como objetos científicos era esencialmente la misma en la que ya los gramáticos griegos de la época alejandrina y sus alumnos los romanos habían llevado adelante sus estudios lingüísticos. Entonces vino, transmitido a través del conocimiento del sánscrito en Europa, el descubrimiento de la relación de fraternidad entre las lenguas indogermánicas, y la referencia a la lengua originaria, suspendida largamente más allá de toda transmisión histórica, como la fuente común de todas estas evoluciones lingüísticas

* Título original: "Sprachwissenschaft und Philologie. Eine akademische Antrittsvorlesung". En Karl Brugmann. 1885. *Zum heutigen Stand der Sprachwissenschaft*. Strassburg: Trübner. 1-4. Traducción de Juan Antonio Ennis.

singulares; la lingüística comparativa apareció en el mapa. Cuán extraña, cuán poco filológica debió resultarle al filólogo –que se sentía completamente seguro en posesión de su método para el estudio del lenguaje, sancionado por una tradición dos veces milenaria– la forma en la cual estos “comparadores de lenguas” manejaban las lenguas clásicas. Para él, el filólogo, aquello que la filología demandaba, y al mismo tiempo la quintaesencia de la ciencia gramatical, debía ser por una parte la búsqueda y recolección en los monumentos lingüísticos, la observación y registro fiel de lo atestado en la letra, la diferenciación precisa de cada manifestación de acuerdo a su frecuencia y conforme al lugar y momento de su aparición, por otra parte la comprensión del espíritu de la lengua y el conocimiento cada vez mayor de la misma, hasta consustanciarse con ella. Allí, por el contrario –así debió parecer–, no había ningún sentido de la vida de las lenguas clásicas, tal como se refleja en las obras escritas conservadas; el centro de la nueva fundación no residía en el ámbito de los hechos tangibles, sino en una distancia nebulosa de tiempos prehistóricos. Y no eran las lenguas en toda su dimensión lo que interesaba, sino solamente una selección de formas, aquellas que se creía que debían conectarse con las del sánscrito y otras lenguas remotas. Estas formas eran cortadas y desmembradas, para luego plantear la pregunta acerca de cómo los distintos elementos se habrían combinado en tiempos inmemoriales, y qué podría haber significado cada uno por su parte originalmente. Qué podía obtenerse allí para la comprensión de la Antigüedad clásica, especialmente la de su literatura, toda vez que no se le dedicaba prácticamente la más mínima atención a la sintaxis, esa parte la más importante y esencial de la gramática.¹ Ahora, los tiempos han cambiado. Ambas ciencias se han ido aproximando cada vez más, década a década, y se han compenetrado cada vez más una en la otra.

Ahora no ahondaré en cómo y a través de qué medios se ha concretado esta progresiva aproximación. Baste con mencionarlo: la filología se contraponía a la lingüística indogermánica preferentemente a través de dos cosas: porque incluía en su campo de investigación, junto a ambas lenguas clásicas, también otros pueblos indogermánicos, esto es, porque junto a la filología clásica se constituyeron una filología germánica, una románica, etc., y porque de ese modo el sentido del desarrollo histórico resultó fuertemente estimulado, y a largo plazo, entre los filólogos de distintas partes. La lingüística, no obstante, se aproximó a la filología a consecuencia de que fue ahondando cada vez más en el tratamiento de la vida individual, del desarrollo singular de las lenguas indogermánicas.

Pero la brecha entre ambas ciencias solo se ha reducido, aún no se ha cerrado. Aún hoy, entre aquellos que deben realizar estudios científicos del lenguaje, especialmente entre los filólogos, hay no pocos que prefieren dejar la lingüística y la filología en una suerte de contraposición conceptual, y en tal medida, asimismo, en algunos aspectos, dejar a ambas ciencias en una relación de colaboración recíproca entre sí. No puedo considerar correcta esta perspectiva, y valdría la pena someterla a una revisión más detenida.

Parto del concepto de filología presentado en primera instancia por Böckh, y desde entonces trasladado una y otra vez a la conciencia general.² De acuerdo con él, la tarea de esta

¹ Así, podía oírse decir, por ejemplo, a Gottfried Hermann (*Acta societ. Graecae* I, 1836, p. XII): – alii autem, non magis multa iustaque lectione exculsi, lucem sibi inde unde sol oritur, repercussam aurora boreali, affulsuram sperantes, ad Brachmanas et Ulphilam confugiunt, atque ex paucis non satis cognitarum linguarum vestigiis quae Graecorum et Latinorum verborum vis sit explanare conantur. Qui ut hic illic alicuius vocabuli formaeve originem invenient, tamen ad Graece Latinaeque Linguae rationem explicandam vereor ne non plus lucentur, quam si Germanus aliquis gentis suae linguam plurima vocabula communia cum Graeca habere sciat: quo ille sua lingua nihilo rectius utetur, quam si id nesciat.

² Los reparos que Usener opone en su enjundioso texto *Filología e historiografía* [*Philologie und Geschichtswissenschaft*], Bonn, 1882 (cfr. especialmente p. 17) contra esta definición, y que lo conducen a una

ciencia es la de estudiar y exponer el accionar histórico del espíritu de los pueblos o, lo que es decir lo mismo, la evolución cultural de los pueblos.

La vida espiritual de un pueblo como comunidad se puede manifestar en actividades y creaciones bien diversas: en la lengua, la religión, las costumbres y el derecho, en la literatura, la ciencia y el arte, así como en la conformación de la vida pública y privada. Puesto que al menos algunas de esas formas del accionar del espíritu humano se encuentran en todos los pueblos de la Tierra –ninguno hay sin lengua ni fe, tampoco sin movimientos del sentido estético, como tampoco sin aquellos conceptos acerca de sí mismo y la naturaleza circundante que se identifican con el comienzo de una actividad científica–, cada pueblo tiene derecho a recibir un estudio filológico.³ El hecho de que este estudio, en amplia medida, haya sido impartido a relativamente pocos pueblos hasta hoy, prácticamente solo a los pueblos con un desarrollo cultural más elevado, no cambia absolutamente nada. Para la definición del concepto de una ciencia, consideraciones como aquellas acerca de si el campo de trabajo señalado por la idea ya está cultivado o no, si es de difícil acceso o si acaso el esfuerzo empleado valdría la pena, deben ser dejadas de lado.

La filología en su totalidad se distribuye así siguiendo un doble criterio: por un lado, de acuerdo a los pueblos, portadores de la individualidad espiritual; por el otro, conforme a los diversos aspectos de la vida espiritual. Estas dos líneas se cruzan, y en una se desmenuza lo que la otra resume, y de allí resultan como unidades menores disciplinas como las de la historia de la lengua alemana, la historia de la religión hindú, la historia del arte egipcio, la historia de la literatura china. Ahora bien, puesto que los diversos quehaceres del espíritu que distinguimos como lengua, religión, arte, etc., constituyen en uno y el mismo pueblo siempre una unidad histórica, mientras entre los portadores del desarrollo cultural, las estirpes y los pueblos, con frecuencia no puede encontrarse conexión histórica alguna, entonces la división de la filología total [*Gesamphilologie*] de acuerdo a las unidades de los pueblos, el ordenamiento de una filología alemana junto a una india, una egipcia, etc., aparece como la organización más próxima y natural. Y así resulta como tarea especial de una filología individual fundada en este principio perseguir y comprender la vida cultural del pueblo en cuestión en toda su extensión y en la totalidad de su desarrollo histórico, en la medida en la cual nuestras fuentes de conocimiento lo permiten.

En este sentido debe tenerse en cuenta que el concepto de lo popular [*der Begriff des Volkstums*], de la individualidad de los pueblos, no viene dado solamente desde el punto de vista de una clasificación genealógica. La historia espiritual de un linaje o de un complejo de linajes y pueblos cercanamente emparentados en contacto mutuo –hasta donde podemos observar– nunca está limitada exclusivamente a su esencia primigenia, nunca se limita a un proceso de diferenciación progresiva y adaptación progresiva de sus miembros individuales, desarrollado dentro de sus límites. Se añaden las múltiples influencias, más o menos fuertes o débiles, que modifican en mayor o menor grado este o aquel aspecto de la vida cultural, ejercidas por pueblos vecinos que guardan un parentesco lejano, o absolutamente ninguno. Cuanto más elevada es la cultura y cuanto más activo es el intercambio –por lo general ambas cosas se condicionan mutuamente–, tanto más potente es el efecto. Así, las filologías particulares basadas en el principio del parentesco deben traspasar, por así decirlo, las fronteras naturales, a fin de aprender a comprender la vida y quehacer cultural de los pueblos. Recuerdo, por ejemplo, la poderosa influencia de la cultura griega sobre Roma, en la cual

perspectiva diferente acerca de la esencia fundamental de la filología, encontrarán, espero, su respuesta en el curso de nuestra exposición.

³ Cfr. Heerdegen *Untersuchungen zur lateinischen Semasiologie*. 1. Introducción, 1875, p. 7 y sigs.

encuentra su justificación la unión de la filología griega y la romana,⁴ la conexión estrecha de la filología persa con la semítica, de la magia con la alemana y la eslava, etc. A través de asimilaciones culturales de este tipo surgen con frecuencia las relaciones históricas más intrincadas, y se hace difícil, si no imposible, seguir todos los hilos que van de un pueblo a otro pueblo. En el arte y la ciencia, por ejemplo, la influencia recíproca de los pueblos de más alta civilización ha alcanzado en la época moderna una expansión tal, elevándose a un grado semejante de influencia mutua entre los diversos componentes, que, si bien las fronteras de lo popular no se ven borradas en ninguna parte, se encuentra no obstante una unidad que demanda un tratamiento sintético, que contemple igualmente cada una de las partes individuales de toda esta complicación. No se puede exigir a aquel que investiga individualmente la vida cultural moderna de un pueblo europeo que contemple en igual medida todos los aspectos de su quehacer espiritual. Y así no son generalmente los mismos aquellos que hacen a la historia de la lengua y la literatura de los franceses objeto de su indagación científica, que aquellos que lo hacen con la historia del arte francés, y a su vez no son estos los mismos que se ocupan de la historia del derecho francés, etc. Pero al mismo tiempo, representan todos a la misma ciencia: la filología francesa. Aunque pueda prescindirse de la unidad de la investigación, no puede perderse la idea de la unicidad de la ciencia misma. La filología siempre estará ligada por su ser mismo al pueblo y lo popular.

De este modo ¿puede considerarse como filología el estudio general, más allá de la especialidad de las individualidades de cada pueblo, de un solo ámbito del quehacer espiritual humano, por ejemplo, la indagación general de la lengua o del arte? Esta pregunta ha sido formulada con frecuencia, y quienes la responden negativamente llegan en su mayoría a la conclusión de que la lingüística comparativa no sería una disciplina filológica, porque estudia todo un número de lenguas de pueblos distintos de manera sintética, y pertenecería antes a la lingüística general.⁵

Para alcanzar aquí alguna claridad, hay que considerar en principio lo siguiente. Toda evolución en la historia cultural se funda en la influencia mutua entre los individuos. Así, en todas partes donde la filología vincule acontecimientos culturales, debe encontrarse una conexión histórica entre las personas. Una consideración comparativa, por ejemplo, de la historia de la lengua griega y aquella de los iroqueses, o de la evolución de los mitos germánicos y los chinos, no lleva a ningún conocimiento histórico, porque no se cuenta con ninguna relación histórica. Así y todo, tales consideraciones comparativas de creaciones espirituales de pueblos históricamente distantes pueden resultar provechosas. Pero los resultados que arrojan son solamente beneficiosos para la ciencia de principios que estudia las condiciones vitales generales y equivalentes en todo tiempo y lugar de los factores generadores de la historia.

Así, toda consideración general de un aspecto definido de la vida cultural, en la medida en la cual se extiende a pueblos sin contacto histórico, tampoco es para mí una actividad filológica auténtica. Pero esto no es en absoluto lo que sucede con la gramática comparativa de las lenguas indogermánicas. En la definición de aquello que debería excluirse de la ciencia filológica, se cae en un error inducido por la expresión *Volksindividuum* [el pueblo como individuo]. ¿Qué es pues un pueblo para la ciencia histórica? El hecho de que el uso lingüístico no conozca ninguna filología jónica o dórica, bávara o alemana, rusa menor o rusa mayor, de que se hable a lo sumo de una filología alemana, una griega (como parte de la clásica) y una rusa, este hecho enseña que el concepto de lo popular [*Volkstum*] no procura

⁴ La hipótesis de que los griegos y los itálicos representan una unidad más estrecha frente a los demás indogermánicos, no está demostrada.

⁵ Cfr. por ejemplo Heerdegen, *op. cit.* Ya me he pronunciado brevemente contra su deducción en el *Litterarisches Centralblatt* 1875, esp. p. 781.

limitar la filología a las unidades de pueblos [*Volkseinheiten*] más pequeñas, sino ligarla a unidades superiores. En la síntesis, sin embargo, se sube un poco más la apuesta y se habla, por ejemplo de una filología germánica y una eslava, que tienen que observar los componentes individuales de la liga de pueblos germánica o eslava como individuos, pero al mismo tiempo, a la comunidad completa como un individuo, que presenta rasgos propios en la lengua, la fe el derecho, etc. ¿Por qué, finalmente, no debería llamarse entonces filólogo también a aquel que, abarcando la historia cultural de toda la familia de pueblos indogermánicos [*die Geistesgeschichte der ganzen indogermanischen Völkerfamilie*], la rastrea desde la época de la comunidad indogermánica primigenia, y al hacerlo no solo toma en consideración las diferencias dentro de la unidad, sino también esta última, lo común, aquello que caracteriza al grupo de pueblos en su totalidad como un individuo frente a los pueblos semíticos, camíticos, urálicos, etc.? La filología indogermánica no es un mero postulado del concepto de filología, sino que también ha devenido práctica ya desde hace dos generaciones. La lingüística comparativa traída a la vida por Franz Bopp no es otra cosa que un extracto de ella, del mismo modo, por ejemplo, que la lingüística griega es un extracto de la filología griega. Y la gramática griega, la itálica, la céltica, etc., son asimismo partes constitutivas de la gramática indogermánica, como por ejemplo la gramática de los dialectos dóricos, la de los jónicos, etc., hacen en su conjunto la gramática griega, o como la gramática rusa, la búlgara, la serbia, etc., hacen la eslava. La lingüística indogermánica representa de este modo la contraparte exacta de la semítica, la camítica, la fínica, etc., y los conceptos de helenista, latinista, germanista, etc., se comportan frente al concepto del indogermanista no de otro modo que como lo hacen el de arabista o hebraísta frente al de semitista.

Debería resultar claro a partir de todo esto cuán insostenible resulta la opinión de que “la gramática comparativa de las lenguas indogermánicas es una parte de la lingüística general y no podría por lo tanto ser considerada como una disciplina de la filología, que tiene que ver con las lenguas particulares”. Con el mismo derecho podría contarse la investigación en el terreno de los dialectos dóricos o de la lengua gótica entre las disciplinas de la filología, pero la investigación de las lenguas griega y germánica entre las de la lingüística.

Además, se ve cuán desacertado es concederle a la investigación lingüística indogermánica solamente el rol de una ciencia auxiliar frente a la griega, la itálica, etc., como sucede con frecuencia. Una disciplina auxiliar, que lleva ese nombre con justicia, se encuentra conceptualmente de algún modo fuera de la ciencia a la que debe servir, solo linda con ella. El concepto de la lingüística griega, de la itálica, sin embargo, se introduce sin resto en el de la indogermánica, y este error es el mismo que si se quisiera poner a la investigación de los dialectos dóricos y la lingüística del griego en una relación de mero apoyo mutuo.

La filología indogermánica como ciencia unitaria, sin embargo, puede y debe ser cultivada no solo por motivos relacionados con la evolución lingüística. A la lingüística indogermánica se han agregado ya el estudio de los mitos y las costumbres (etología) de igual extensión, y también otros aspectos del desarrollo cultural se dejan remontar hasta la época de la comunidad originaria.⁶ No podemos exponer esto aquí de manera individual, y me limito a señalar que es en primer lugar a la lingüística a la que le ha sido posible la investigación de los distintos aspectos de la vida cultural en época prehistórica. Su objeto de investigación, la lengua, es el archivo en cuyos documentos, las palabras llenas de sentido, leemos multitud de cosas de la vida primitiva de los pueblos.

⁶ Puede compararse la descripción del estado cultural de los primitivos indogermanos en la excelente obra de O. Schrader, *Sprachvergleichung und Urgeschichte. Linguistische Beiträge zur Erforschung des indogermanischen Altertums* [Comparación de lenguas e historia primitiva. Aportes lingüísticos al estudio de la antigüedad indogermánica] (Jena, 1883), p. 333ss.

La filología indogermánica ha tenido hasta ahora su centro de gravedad en la parte lingüística y es posible que vaya a ser siempre así. El motivo es el siguiente. Ningún quehacer espiritual se realiza de manera inconsciente en un grado tal como el propio del quehacer lingüístico, ninguno está tan poco expuesto a la arbitrariedad en su reproducción y producción trasplantándose de generación en generación, ni es alterado en tan mínimo grado en su decurso histórico por los factores ajenos al espíritu, en cuya cooperación con las fuerzas psíquicas se basa la evolución y todo progreso. Es en esa mayor constancia e inmutabilidad característica de este producto cultural en su vida histórica más que de los otros que se funda el hecho de que la conexión histórica y la unidad de los pueblos indogermánicos se pongan de manifiesto de manera tan clara e inmediata en este aspecto del quehacer espiritual. La oposición más aguda a la actividad lingüística la ofrece en este sentido la conformación de la 'vida pública' y de una gran parte de la 'vida privada'. Aquí, la creación consciente y la acción libre de la voluntad juegan un papel desproporcionadamente mayor, y la naturaleza circundante, las distintas condiciones geográficas y todo lo que de manera mediata o inmediata tiene que ver con ellas intervienen con mucha más fuerza en su modificación. Aquí, las diferencias entre los pueblos emparentados en cuanto al momento en el cual salen a la luz de la historia resultan mucho más significativas, y el punto de partida común del desarrollo es asimismo mucho más difícil de reconocer.⁷

Así, la filología indogermánica como tal se desempeñará siempre preferentemente allí donde se trate de lengua, y debería resultar claro a partir de lo dicho que si bien la mayor parte de los indogermanistas se ocupan exclusivamente de la lengua, y no de otros aspectos del desarrollo cultural, esto importa tan poco al concepto de la filología indogermánica como puede afectar a la filología clásica o francesa el que algunos investigadores en estos terrenos estén dedicados exclusivamente al estudio de la literatura o de las artes. Se seguiría llamando así a los lingüistas de la escuela de Bopp indogermanistas unilaterales, pero eso no supondría afirmar que su investigación no sea por su contenido y su método una filología.

De hecho, nadie ha sabido tampoco aún trazar una frontera conceptual entre lingüística y filología, cuya insostenibilidad no se dejara demostrar fácilmente. En estos intentos de separación se suele pasar por alto que la división del trabajo y el comportamiento recíproco de los investigadores se debe explicar en primera instancia a partir del ritmo de la evolución que ha tomado la investigación científica, sin por ello rotularlos sin más como una diferencia y una oposición de la ciencia misma. La discrepancia no está en las cosas, es el ser humano juzgando unilateralmente el que la introduce.

Observemos un poco más de cerca los intentos de diferenciación.

Antes podía oírse con frecuencia que la filología se aproximaba conceptualmente más al cuidado de la gramática descriptiva o estadística, y la lingüística, por el contrario, a la investigación en historia evolutiva. Es correcto que en algunos terrenos, como el de las lenguas clásicas, se ha dividido en general en esta forma el trabajo entre aquellos que se hacen llamar filólogos y aquellos que se hacen llamar lingüistas comparatistas. Pero es también un hecho que al menos en dos terrenos, el del lituano y el del celta, son en época más reciente predominantemente lingüistas los que se afanan en la edición de las fuentes lingüísticas y la comprobación y registro del uso lingüístico. Que aquí los comparatistas logren lo que en otras partes procuran proveer los filólogos, se funda en que algo que podría llamarse una filología especial lituana y una filología especial céltica fue traído a la vida en buena medida por los

⁷ En parte esta circunstancia, en parte las influencias tan poderosamente efectivas que puede experimentar un pueblo de parte de otros (cfr. p. 9 y sigs.), permiten observar que la historia en sentido estricto es algo esencialmente diverso de la filología. Para mí, la historia y la lingüística son los dos miembros más distantes en la serie de las disciplinas filológicas.

lingüistas. ¿Acaso estos indogermanistas –Schleicher y Ebel, para mencionar dos nombres– se han salido de su rol al realizar estadística lingüística? ¿Estaban haciendo algo que no les correspondía naturalmente? Ciertamente no. Si la tarea de la lingüística es investigar el desarrollo de la lengua, los investigadores de la lengua no pueden ser desligados en principio de la realización de los trabajos previos indispensables. Del mismo modo, no obstante, no puede considerarse la investigación lingüística histórica, esto es, la indagación de la relación interna a través de la cual un acontecer lingüístico se encadena con otro y todos entre sí, como algo situado fuera de la tarea de la filología. Ya que quien lo hace, deniega a la filología su carácter de ciencia histórica. Todos los filólogos y lingüistas están hoy, por lo tanto, más allá de este último error.

Igualmente carente de justificación resulta la afirmación, que aún ahora se encuentra muchas veces tanto entre los filólogos como entre los lingüistas, de que, de acuerdo con su esencia, a la filología le correspondería la indagación del “lado cultural” de la lengua, y a la lingüística la de su “lado natural”. Bajo aquel se entiende su modelación en el espíritu y la boca de los ilustrados, especialmente su tratamiento en la literatura. Como lado natural, por el contrario, se designa su conformación en el espíritu de las personas cándidas, esto es, el hablar cotidiano habitual y silvestre del hombre común. Aquí hay que conceder el hecho de que hasta ahora los filólogos han hecho objeto de su investigación más aquella habla superior, los lingüistas esta inferior. Pero eso tampoco sigue siendo así.

Si el filólogo ha considerado desde siempre predominantemente la lengua cultivada, esto sucedía a causa de su relación con la literatura, y porque estaba ocupado en comprender la individualidad de cada escritor particular. Pero esto no es nada especialmente filológico. La lingüística demanda en sí misma que el investigador indague la vida lingüística hasta en sus ramificaciones más peculiares. Si cada creación lingüística, se deje reconocer o no en el modo de su transmisión, es siempre y en todas partes solamente la obra de cada individuo;⁸ y aunque este sujeto hable o escriba todo lo singularmente que sea, y por grande que sea la parte que tome la reflexión en su producción lingüística, especialmente la artística, su creación lingüística está ligada siempre a los mismos principios psíquicos y físicos que la de todos los demás y así puede ser también objeto de investigación de la lingüística como cualquier otra habla. Y si los comparativos, por su parte, se han dedicado hasta ahora preferentemente al lado natural, esto sucedió por una razón, y es que la investigación en historia lingüística tiene que comenzar con este aspecto. Primero debe establecerse el desarrollo de una lengua en sus acontecimientos principales, en su extensión total, antes de poder dedicarse a las formaciones individuales, solo desviadas del todo, del nivel medio, en lo accesorio. También resulta natural que se prefiera en primera instancia el lado del desarrollo lingüístico en el cual el juego de los factores actuantes en inmediata vecindad sea lo menos complicado posible, esto es, en el cual estos factores pueden ser observados aisladamente con mayor facilidad. Este lado es justamente el habla cotidiana habitual. La lingüística indogermánica está aún muy en los inicios, como para desviarse de esta su primera tarea más que ocasionalmente, y poder ocuparse de las difíciles cuestiones de la lengua cultivada. En un futuro, deberá dedicar a esta también una especial atención. Naturalmente, también el filólogo como tal debe dirigir su mirada al lado natural, del mismo modo que, por ejemplo, como arqueólogo, debería estudiar no solo el desarrollo de la construcción de templos y de los demás géneros de la construcción artística, sino también la historia de la simple vivienda.

Se trata aquí entonces solamente de una división del trabajo. Esta división nunca fue completa, y tampoco podrá ser sostenida a largo plazo en la medida en que se encuentra ahora. Por lo demás, esta divergencia entre el tratamiento filológico y el lingüístico de la

⁸ Cfr. Paul, *Principien der Sprachgeschichte*, p. 20.

lengua no hubiera sido ciertamente tan urgente como ha resultado para algunos, si no se hubieran imaginado la parte que la reflexión tiene en lo que se puede llamar el habla cultivada o refinada en relación con el habla ingenua, más grande de lo que realmente es.

También se encuentra la opinión de que el indogermanista debe estudiar lo generalmente indogermánico, lo común a todas las lenguas individuales, mientras por el contrario el sanscritista, el helenista, el latinista, etc., tienen que estudiar lo especialmente indio, griego, etc. Contra esto debe señalarse en primer lugar que cada especialista debería convertirse en primer lugar en indogermanista para poder elaborar un juicio acerca de aquello que en el dominio de la lengua particular es realmente individual, novedoso y no ancestralmente heredado del indogermánico antiguo. Puesto que ¿por qué otros medios estamos en condiciones de reconocer lo propio de una lengua como tal, si no es saliendo de ella y comparándola con otras lenguas? Más allá de esto, toda esa división de tareas reposa también sobre una representación errónea de la esencia de la lengua, aún ampliamente extendida. Lo que se suele denominar como las formas y significados de una lengua, son solo abstracciones vacías. La lengua no existe más que en los individuos, en los cuales vive como un organismo de grupos de representaciones, y solo en la organización psíquica del ser humano se encuentran las condiciones de su desarrollo histórico. Y lo que designamos como la lengua de un pueblo, no es más que la suma de las lenguas individuales, a veces más próximas, a veces más distantes, pero siempre vinculadas históricamente entre sí. La organización psíquica, la sensibilidad lingüística del ser humano se comporta con respecto a las formas lingüísticas que se producen probablemente desde hace muchos siglos en la misma modalidad, no de otro modo que con respecto a aquellas que han arribado hace poco a la comunidad lingüística y han tomado carta de ciudadanía en ella. Los dos géneros de formas se encuentran en la conciencia indiferenciadamente uno junto al otro. Y más aún: no hay absolutamente ninguna forma protoindogermánica en griego o en latín o en ninguna otra lengua indogermánica, junto a las agregadas posteriormente, sino que en griego solo existen formas griegas, en latín solo latinas, etc. Puesto que todo lo que designamos como patrimonio antiguo en una lengua particular, siempre y bajo toda circunstancia se ha convertido en algo nuevo y especial gracias a que la totalidad del organismo de los grupos de representaciones que viven en la conciencia se modificó en múltiples formas y así también la ubicación del elemento individual en él devino otra. Para la investigación lingüística indogermanística hay entonces, si comprende correctamente su tarea, solo elementos de lenguas particulares, individuales, del mismo modo que para los filólogos especiales.

Así pues, se ve cuán poco adecuada es la división de las tareas, de acuerdo con la cual el acopio de formas de una lengua en cierta medida debería ser distribuido en dos montones, como si la lengua no fuera otra cosa que una mera sumatoria de palabras. No obstante, se reconoce aquí al mismo tiempo, nuevamente, cuán necesario resulta definir la tarea del indogermanista como la de remontar el desarrollo completo de las lenguas desde el punto de partida común hasta nuestros días.

Además, está extendida la idea de que el filólogo podría y debería erigirse un muro divisorio entre él y el indogermanista, de que él, el filólogo, consideraría el desarrollo de la lengua solo desde el punto en el cual comienza la tradición, esto es, por ejemplo, en suelo griego desde Homero, en el germánico desde Ulfilas: solo aquello que se encuentra de este lado de ese punto de partida interesaría al filólogo como tal. La descripción de una lengua de acuerdo con este principio, mantenida dentro del período de los monumentos, se denomina a veces con la expresión (habitualmente utilizada en otro sentido) “gramática histórica”; ‘histórica’ se utiliza aquí en oposición a ‘prehistórica’.

Supongo que en aquellos que creen que deben marcar el límite en esta instancia está obrando la consideración de que la ciencia filológica particular no siempre trabaja en su

decurso completo la historia cultural del pueblo que es objeto de su investigación. Los filólogos clásicos se ocupan tan poco, por un lado, del mundo helénico moderno, como lo hacen por el otro con los desarrollos románicos. Si se trazan límites tales entre griego antiguo y griego moderno y entre el latín y las lenguas romance, así parecerá a algunos legítimo establecerlos para la filología clásica también en la dirección que conduce hacia la comunidad indogermánica primigenia.

Frente a esta opinión, hay que hacerse a la idea de que la historia completa de una lengua indogermánica es una unidad inseparable, que no debe escindirse en ningún lado, desde la época indogermánica primitiva hasta nuestros días. Una comprensión histórica, por ejemplo, del griego moderno, resulta decididamente imposible sin tomar en consideración el griego antiguo. Del mismo modo, aquel que quiera comprender la historia de la lengua griega desde Homero, debe tomar en cuenta la evolución prehistórica, en la medida en la cual estamos en condiciones de rastrearla.

Ahora bien, quizás se concede que el neohelenista, el paleohelenista y el indogermanista trabajarían en la misma tarea, esto es, en la indagación de la historia de la lengua griega, pero entendiendo que se trata al menos de una forma adecuada de la distribución del trabajo, dejando al comparatista el tramo prehistórico y haciéndose comunicar por él lo que uno mismo necesitara saber de eso, de modo similar a aquel en que los estudiosos del griego moderno y los romanistas se dejan aconsejar por los filólogos clásicos. Esto no puede admitirse. No quiero mencionar que encargar el trabajo a otros sin poder comprobar su valor y fiabilidad no se condice mucho con la esencia de la ciencia.⁹ Hay otro argumento más a mano. La lengua griega como tal estaba allí ya siglos antes de Homero, y la relación de los dialectos entre sí solo puede comprenderse científicamente si se rastrea el punto de partida común del desarrollo, que se encuentra más allá de la tradición. Este punto de partida, con frecuencia, solo se puede obtener a partir de la comparación de los dialectos, aunque también con frecuencia no puede hacerse, y en ese caso, para arribar a resultados confiables, debe apelarse cada vez a las demás lenguas indogermánicas. El helenista como historiador de la lengua no puede prescindir de la comparación con otras lenguas, allí donde se trata de los estadios más antiguos de los dialectos individuales, pero también con suficiente frecuencia allí donde se trata de épocas más tardías de la evolución lingüística. La comparación de lenguas es para él –y también para el latinista, el eslavista, etc.– un requisito demasiado necesario como para agotarlo en la consulta al indogermanista.

Llegamos así al resultado de que es imposible separar conceptualmente la filología de la lingüística comparada, sea del lado que fuere que se lo intente. Justamente la consideración de estos intentos de separación ha permitido reconocer con claridad, espero, que no hay otra versión posible del concepto de la llamada lingüística comparada más que la requerida por nosotros. Esta ciencia constituye una unidad, que no se ve fracturada en lugar ni modo alguno por aquello que hace a la tarea especial del trabajador parcial, del sanscritista, del helenista, etc.

Hasta aquí hemos procurado solamente, sobre todo, definir conceptos. Ahora bien, otra pregunta es: ¿qué puede demandarse de la praxis científica frente al resultado por nosotros obtenido?

Aquí se abre paso la idea de que el completo dominio por parte de un individuo de todos los desarrollos derivados de la lengua originaria indogermánica, tal como aparecen frente a nosotros en el espejo de una tradición en parte tres veces milenaria, así como un conocimiento completo de todos los resultados obtenidos hasta ahora en este campo de investigación, es

⁹ Cfr. Curtius, *Philologie und Sprachwissenschaft*, 1862, p. 17.

solo una imagen ideal. Resulta absolutamente necesario dividir el trabajo total y acotar en esta o aquella dirección. Y el paso que ha tomado la historia de la filología ya ha llevado a grandes rasgos a la división que debe designarse como la natural.

En cada punto de la evolución lingüística, para acceder a un conocimiento científico de los fenómenos lingüísticos dados, debemos plantear la pregunta: ¿qué evolución había atravesado hasta allí la lengua? Podemos rastrear la mayor parte de las lenguas a través de muchos siglos de la mano de monumentos, y para la división del trabajo el aspecto más importante es cuán distante está la fase lingüística objeto de investigación, mirada desde el presente, con respecto al punto en el tiempo en el cual comienza la tradición de la lengua en cuestión. Una lengua, cuyo devenir nos es revelado a través de un largo período por los monumentos, se explica más fácilmente por sí misma cuanto más nos acercamos al presente, a partir de su pasado abarcable en la tradición; y, por el contrario, cuanto más nos aproximamos al punto inicial del período histórico, tanto más precisa ser iluminada a través de las lenguas emparentadas con ella.

De este modo, la investigación especializada en los tramos modernos de la evolución, como es el caso del griego moderno, de las lenguas romance o hindúes modernas, puede permanecer preferentemente en manos del filólogo. El indogermanista en sentido estricto puede prescindir fácilmente de estos períodos, del mismo modo que a la inversa filólogos como los romanistas y neohelenistas tienen menor necesidad del instrumental de un saber extendido sobre la totalidad del mundo lingüístico indogermánico.

La peor parte, si se me permite la expresión, les toca a aquellos filólogos especializados cuyo segmento de trabajo comienza allí donde la lengua en cuestión asoma a la luz de la historia, pero no alcanza hasta el presente, es decir aquellos como los paleohelenistas y los latinistas. Para cumplir de un modo acorde a las exigencias de nuestro tiempo con las tareas que plantea el concepto de la lingüística histórica, deberían, todo el tiempo, hacer objeto de su estudio también a las demás lenguas indogermánicas. Y no solo eso. Tampoco puede quedar fuera la continuación que se anexa al segmento a trabajar en dirección al presente. Puesto que la tradición no es tan completa para ninguna época antigua como para que no deba apelarse en diversos modos a aquello que se hace manifiesto en época posterior como complemento de nuestro conocimiento de las más tempranas. Es sabido, por ejemplo, en qué medida la lengua popular romana antigua solo puede ser reproducida con ayuda de los desarrollos en romance, en una medida para nada menor, y cuánto se puede aprender de los dialectos griegos modernos para la constatación del vocabulario del griego antiguo –por ejemplo, para la comprobación de nombres de animales y plantas.

El filólogo especializado que debe abarcar el desarrollo cultural en su totalidad no está habitualmente en condiciones de hacer frente a todas estas tareas, y aquí se pone de manifiesto cuán adecuado y útil resulta que un grupo de filólogos se dedique exclusivamente al estudio de las lenguas indoeuropeas. Estos filólogos, los lingüistas *cath'exochen*, mantienen las partes individuales de la lingüística unidas y se ocupan de intervenir en todas partes donde al filólogo especializado le resulta imposible ejercer el control por sí mismo. Aquí, más que en ninguna parte, es imprescindible una marcha unánime de ambos partidos.

Este sería el punto superior y más importante en cuanto a la división del trabajo. Avanzando un poco más, yendo a las cuestiones individuales, atender a la pregunta acerca de cuál sería la forma más eficiente de trazar los límites resulta incómodo. Puesto que la libertad de cada uno debe ser preservada. En primera línea, se trata de la inclinación y dotes de cada uno, que siempre son diversas, y al fin y al cabo solo puede decirse: que realice cada cual con su mejor esfuerzo aquello a lo que su vocación lo guía.

Y si alguno quisiera extender o acotar sus fronteras, debe exigirse en cada caso que se mantenga siempre consciente de la relación entre las partes y la unicidad de toda la lingüística indogermánica. Y esta unicidad reposa no solamente en el objeto de investigación, sino también en el método. Este último suele ser desconocido, aún hoy, y en este desconocimiento se encuentra la razón por la cual la brecha entre los lingüistas y los filólogos –especialmente los filólogos clásicos– no quiere cerrarse del todo, a pesar de que llevan ya décadas trabajando para saldarla. Quiero decir que todos aquellos que trabajan en el ámbito de la lingüística indogermánica, sea donde sea, y se llamen como se quieran llamar, lingüistas o filólogos, deben cooperar para que se alcance un acuerdo en vistas a las preguntas fundamentales del método de la lingüística. Permítannos ahondar un poco más en este punto.

Como ya señalé más arriba, sobre toda investigación en detalle de la historia cultural se encuentra la ciencia encargada de indagar en la esencia de los factores productores de cultura en sí, y en las condiciones generales de su efectividad. Esta investigación puede realizarse sobre cada punto de la totalidad de la historia cultural humana, y todas las filologías especializadas tienen que contribuir a esta ciencia de principios, en la que encuentran su unidad superior, y, si se quiere, su más elevada razón de ser. Sin embargo, la teoría de los principios es al mismo tiempo la guía indispensable para toda investigación individual. Puesto que solo puede juzgar correctamente los hechos de la historia aquel que conoce la esencia de las fuerzas a través de las cuales los mismos se realizan.

Con esto no quiero decir que este conocimiento solo pueda conducir a descubrimientos científicos en el ámbito de la historia cultural. No hay ningún esquematismo del método de acuerdo con el cual pueda deducirse toda verdad humanamente alcanzable. Dado que toda tarea tiene un modo de ser propio, cada cual la afronta con sus propias capacidades y en la dirección espiritual que le es propia, y el instinto afortunado, el don divino del genio debe hacer siempre lo mejor. Pero no puede dejarse todo al instinto. En el camino que desanda el investigador para encontrar verdades, se encuentran algunas figuras engañosas que inducen al error. El pensador puramente naturalista llega raramente al objetivo correcto, cuando la tarea es una relativamente complicada. Uno debe ser capacitado desde el comienzo con teoría y práctica para reconocer esas figuras engañosas como tales y así sustraerse a su tentación. Para esto es de ayuda la metodología, basada de manera inmediata en la ciencia de principios y cuyo axioma fundamental es que mantiene lejos todo aquello que entre en contradicción con la esencia del objeto de conocimiento, sin dejarse desviar de las verdades fundamentales.

En lo que concierne especialmente a la lingüística, los investigadores especializados, tanto los indogermanistas como también los filólogos, han tenido hasta hace poco tiempo poco que ver con las preguntas fundamentales.

La investigación lingüística realizó al comienzo de nuestro siglo un fuerte progreso más allá de épocas anteriores, en la medida en que reconoció la evolución histórica como la esencia fundamental de la lengua, e introdujo el método histórico, y todos reconocemos completa y felizmente lo que Bopp y sus inmediatos sucesores aportaron con agudeza y esfuerzo con la ayuda de este método para la iluminación de la historia de las lenguas indogermánicas. Al mismo tiempo, desde la época misma de Bopp y hasta los años setenta, los indogermanistas fueron obteniendo un enfoque progresivamente más acertado sobre algunas cuestiones de lingüística general, que no son de una importancia tan fundamental como las otras. A este grupo pertenece la creciente valoración de los resultados de la fisiología del sonido, que representa una evaluación más acertada del costado físico del proceso del habla, y la circunstancia de que a partir del progreso en el desarrollo del sonido tuvo lugar una más estricta observación de las llamadas leyes fonéticas; en estos dos aspectos los mayores logros corresponden a Curtius y Schleicher. Pero al mismo tiempo, en el proceder de estos más antiguos investigadores del lenguaje, se nota en muchos puntos la ausencia de

una reflexión más a fondo acerca de los factores reales y las condiciones generales de la evolución lingüística. En muchos casos partían de perspectivas que resultan irreconciliables con la esencia fundamental de la historia de la lengua. Algunas de estas miradas erróneas fueron incluso formalmente sistematizadas por una parte de los sucesores de Bopp. Entre ellas se cuentan, por ejemplo, la opinión de que la lingüística debería contarse entre las ciencias naturales, y la representación de que las lenguas se organizan y alcanzan su perfección en época prehistórica, para deformarse y decaer en épocas históricas. El principal representante de estas dos perspectivas era Schleicher.¹⁰

Afortunadamente, algunas ideas fundamentales desacertadas no ofrecen en la ciencia obstáculo alguno –o solo lo hacen raramente– para el alcance de resultados correctos en lo particular. De esta suerte es el caso, por ejemplo, de la consideración de la lengua como un cuerpo natural. Pero otras concepciones generales falsas tienen un efecto más desastroso sobre la investigación específica, en la medida en que proporcionan las directivas inmediatas para la evaluación de numerosos casos individuales. A esta suerte pertenece por ejemplo la opinión que se tenía antes del efecto de la analogía en la vida del lenguaje, y en estas perspectivas desacertadas de principio se encuentra en primera instancia el motivo de que hoy tantos resultados específicos de la investigación lingüística más antigua se nos revelen erróneos.

Recién hace unos pocos años se reconoció con claridad en el círculo de los investigadores especializados que, para obtener fundamentos seguros para toda investigación específica, debía introducirse en el estudio sistemático de las condiciones generales de vida de la lengua. El estímulo para este movimiento vino en la lingüística indogermánica de distintos lados.

Primero debe notarse que los fundamentos para aquello que hoy llamamos ciencia de principios de la historia lingüística están asentados desde hace tiempo. Esta ciencia fue preparada por Wilhelm von Humboldt y especialmente por Steinthal. El último de estos intelectuales se ocupó con frecuencia de persuadir a los filólogos de que el estudio de las leyes por las cuales se conducen los acontecimientos del alma, el estudio de la psicología, sería indispensable para toda ciencia del espíritu, especialmente sin embargo para la lingüística, que se ocupa del más inmediato y delicado producto del espíritu. Para obtener claridad acerca de la esencia de la lengua, él mismo emprendió investigaciones sobre los procedimientos psíquicos y físicos en el proceso del habla, y desarrolló así perspectivas que, si hubieran sido debidamente honradas por los historiadores de la lengua en ese entonces, debían haber conducido de inmediato a una modificación del método de investigación en muchos aspectos. Así, por ejemplo, indicaba que las fuerzas psíquicas y físicas que intervienen en el cambio lingüístico debían ser las mismas en todas las épocas.

Si los indogermanistas no supieron comprender correctamente en su momento las investigaciones de Steinthal –al menos Schleicher sí lo comprendió–, no es ciertamente algo por lo que debemos hacerlos responsables solamente a ellos. El filósofo del lenguaje exponía sus enunciados en una forma muy abstracta, establecía muy pocas conexiones entre sus reflexiones teóricas y la investigación del detalle, y –lo más importante– tomaba muy

¹⁰ En su libro *Vida y desarrollo del lenguaje* (traducido por A. Leskien, 1876) p. 337 dice Whitney: “La lingüística discurre del lado de la gramática comparada hacia la indagación de una cantidad infinita de particularidades, del mismo modo que la química y la zoología, y en ella alguien puede estar extraordinariamente familiarizado con el tratamiento de procesos singulares, mientras se encamina al más completo error en cuanto a la perspectiva general, del mismo modo que alguien puede ser un químico práctico hábil sin saber gran cosa o nada del costado filosófico de la química, o sobresaliente en la anatomía comparada de los animales sin tener conocimientos básicos o una idea correcta de las bases teóricas de la biología. Como prueba de que es así se podrían presentar ejemplos de hombres de la generación actual, que como gramáticos comparatistas gozan de una alta reputación, y tan pronto intentan trabajar con las verdades generales de la lingüística, caen en contradicciones e inconsistencias, o dejan ver en su tratamiento de cosas de más difícil acceso la carencia de un fundamento teórico saludable y sostenible”.

escasamente en consideración el desarrollo histórico de la lengua, cuya explicación representaba el punto de partida principal para los indogermanistas. Junto a Steinthal y en consonancia con él, también Whitney, como teórico de la lengua, había advertido en los años sesenta que los cambios de la lengua se apoyaban en todas partes en las mismas leyes y en el mismo modo de hacerse efectivas, aun ante grandes modificaciones de las condiciones externas. También señalaba que, puesto que la lengua no sería un organismo autónomo como otros organismos de la naturaleza, sino solamente un producto del alma y de los órganos lingüísticos del ser humano, debía prevenirse contra la confusión generada por las abstracciones con las que tiente constantemente la lengua fijada en la escritura, y que frecuentemente velan el real comportamiento de las cosas.

Otras inquietudes vinieron desde el lado de la misma investigación especializada. Scherer, en su libro *Zur Geschichte der Deutschen Sprache* [Acerca de la historia de la lengua alemana] (1868), aplicó la llamada falsa analogía para la explicación de las formas de los períodos más antiguos de la lengua en una medida mucho más extendida de lo que se había hecho hasta entonces.¹¹ De ese modo, dirigió la atención de los indogermanistas de manera duradera hacia la pregunta sobre cuál era la forma más efectiva para pensar los factores psíquicos en el cambio lingüístico. Especialmente aquellos que se ocupaban de la evolución de las lenguas indogermánicas antiguas, como el indio antiguo, el griego antiguo, etc., se vieron en la necesidad de tomar posición en la práctica con respecto a esta cuestión. Aún más efecto tuvo entonces que Leskien agregara rápidamente el enunciado según el cual las llamadas leyes fonéticas serían siempre en sí leyes sin excepción. Con este axioma quedaba planteada la pregunta acerca de cómo se debería diferenciar en la investigación de la historia de la lengua el terreno del cambio fonético de aquel de la formación de analogía. Aquí vino a intervenir el estudio sistemático de los factores reales de la evolución lingüística, de los principios de la historia de la lengua. Los enunciados de Scherer y Leskien habían resultado para estos académicos de la observación de que en las evoluciones lingüísticas más recientes el efecto de la analogía jugaba un papel mucho mayor, y que las modificaciones fonéticas aparecían constantemente llevadas adelante con mucha mayor consecuencia de lo que podía esperarse por el estudio de las lenguas antiguas, muertas, tal como había sido practicado hasta entonces por los indogermanistas. Ahora había que tomar conciencia de que los estudiosos del indogermánico antiguo se habían formado la idea de cómo la lengua vive y cambia predominantemente sobre la base de la relación presumida entre las formas de los desarrollos lingüísticos más antiguos y las formas básicas prehistóricas, de que habían construido sus axiomas metodológicos en parte siguiendo las formas puramente hipotéticas de la primera lengua indogermánica, a las cuales habían llegado, en primer lugar, justamente a través de la aplicación de estos axiomas. A fin de lograr comprender el contexto causal de las manifestaciones lingüísticas en sí, lo natural hubiera sido –así debió decirse– ir a la teoría en las fases más recientes de la evolución lingüística indogermánica, donde las fuentes fluyen con mayor pureza y riqueza, especialmente en el presente inmediato de la propia lengua materna; lo conocido aquí debía entonces proyectarse en el pasado remoto. Sobre todo, no obstante, se hizo claro ahora en qué medida la mayor y más destacada parte de los indogermanistas permanecían aún bajo el bando de las abstracciones y metáforas consagradas por la antigua gramática, que rodean los procesos reales de una apariencia sombría y fantástica, interponiéndose en el camino de la penetración en la esencia de las cosas.¹²

¹¹ Para períodos más recientes se había empleado ya anteriormente en amplia medida el principio explicativo de la analogía.

¹² “Todos los procesos psíquicos se completan en los espíritus individuales y en ninguna otra parte. Ni el espíritu del pueblo ni elementos del espíritu del pueblo como el arte, la religión, etc., tienen una existencia concreta y en consecuencia nada puede suceder ni en ellos ni entre ellos. Así, nuestra consigna deberá ser ‘fuera todas las

Así se llegó ahora, en la segunda mitad de los años setenta, a cruzar dos orientaciones de la lingüística, que estaban destinadas por naturaleza a aprender una de otra en los puntos más importantes, y a resolver trabajando conjuntamente la más alta tarea de la lingüística, pero que durante décadas habían corrido por caminos separados, sin que se hiciera nada digno de mención por concretar esta relación mutua. La investigación especializada, por un lado, había ingresado al camino de la investigación histórico-evolutiva, pero se mantenía en muchos casos aún con un modo de pensar puramente naturalista frente a su objeto de investigación, generalizando una materia empírica bruta,¹³ y sin terminar de aprender claramente que, para andar seguros, conviene estudiar primero la esencia de las fuerzas que mueven las lenguas. La filosofía del lenguaje, por otra parte, estudiaba el habla del ser humano individual y proporcionaba en este sentido las conclusiones más importantes, pero no arribaba a una observación planificada de las condiciones generales bajo las cuales tiene lugar la influencia mutua entre los individuos. Justamente este aspecto precisaba del más incisivo tratamiento, puesto que solo aquí puede obtenerse una comprensión cabal de la evolución histórica de la lengua. Para este fin, sin embargo, la investigación general debía ser puesta en relación activa con la investigación histórica del detalle. Solo así se hizo posible una verdadera teoría de los principios de la lingüística histórica.

En los últimos años, en la investigación lingüística indogermanística, se ha hablado mucho de la metodología y la ciencia de los principios. Mientras algunos académicos, cuyo círculo no deja de ampliarse, están ocupados completando, a través de la aplicación práctica de los axiomas metódicos cada vez más afirmados en la consideración más precisa de las fuerzas de la lengua, la evidencia inductiva sobre la evolución lingüística indogermánica, más precisamente sobre las épocas más antiguas de la misma, el año de 1880 ha traído ya también, del mismo círculo, una exposición teórica más comprensiva, que avanza en profundidad sobre el núcleo de la cuestión, y que justamente por ello muchos no han llegado aún a ponderar, los *Principien der Sprachgeschichte* [Principios de la historia de la lengua].¹⁴ Con seguridad, estos afanes experimentarán en el futuro algunas correcciones aisladas, y se avanzará mucho más allá de donde se ha llegado ahora. Pero hoy podemos afirmar sin temor que la metodología de la investigación lingüística histórica está asentada en los cimientos sobre los

abstracciones', si es que queremos tratar de definir en algún lado los factores del acaecer real... Algún investigador, que se siente a la altura del siglo diecinueve, se ríe distinguidamente de la polémica de los nominalistas y realistas medievales, sin comprender cómo es que se ha llegado a explicar las abstracciones del entendimiento humano como si fueran cosas realmente existentes. Pero los realistas inconscientes no se hallan aún extintos entre nosotros, ni siquiera entre los representantes de las ciencias naturales. Y prolongan alegremente su existencia entre los estudiosos de la cultura, especialmente entre los de una clase: la que cree llevar la delantera frente a todos los demás, hablando solo con imágenes darwinistas. Pero haciendo completa excepción de estas tonterías, los tiempos de la escolástica, incluso hasta los tiempos de la mitología, hace tiempo que no se encuentran tan lejos en nuestro pasado como suele creerse, nuestro entendimiento se mantiene aún en tal medida cautivo en el conjuro de ambos, porque dominan nuestra lengua, que no puede librarse de ellos. Quien no emplee aquí el necesario rigor en el pensamiento para liberarse del dominio de la palabra, jamás podrá lanzarse a una observación desprejuiciada de las cosas" (Paul, *Principien*, p. 13).

¹³ ¿O cómo debería llamar, por ejemplo, al hecho de que en la reconstrucción de las formas indogermánicas primigenias [*indogermanische Urformen*] se siguiera el axioma según el cual las formas más sonoras serían las más cercanas al origen, y la forma básica podría obtenerse en cierta medida mediante la sumatoria de las formas presentes en las lenguas individuales?

¹⁴ El acierto del juicio vertido en el *Literarische Centralblatt* 1881, esp. 637 sigs. acerca del texto de Paul se confirma según mi parecer cada vez más, a pesar de los ataques que ha recibido. Suscribo las palabras de H. Schuchardt, que vienen a mi encuentro en este justo momento ("Slawo-deutsches und slawo-italienisches [Eslavo-alemán y eslavito-italiano]", Graz, 1885, p. 6): "Al mentar los *Principien der Sprachgeschichte*, no quisiera reprimir mi pesar por el hecho de que fueran objeto de una recepción muy fría entre muchos de nuestros lingüistas, y en algunos casos hasta de un brusco rechazo. No obstante, me explico esto con el lema del precursor Steintal: 'pensar es difícil'."

que siempre estará, mientras los investigadores de la lengua procuren llevar a cabo su labor en un espíritu auténticamente científico.

El lúcido lingüista americano Whitney, de quien ya he hablado, hace diez años que nos hizo ver a nosotros los alemanes¹⁵ que estábamos muy adelantados a todos los demás pueblos en la investigación lingüística del detalle, y que teníamos el liderazgo en todas las cuestiones relacionadas con ello, pero que entre nosotros el desacuerdo en cuanto a las cuestiones fundamentales, así como la inseguridad en la perspectiva general, resultaban tan dominantes como en otras partes. Y puesto que en todo lo que concierne a la lingüística y la filología se acostumbra esperar el liderazgo de Alemania, debería suceder en este sentido otra cosa antes de que pueda afirmarse la existencia de una lingüística total [*Gesamtsprachwissenschaft*]. La demanda presente en estas palabras, de promover un consenso en las cuestiones de principios, de modo tal que sea posible lograr una unificación de todos los trabajos especializados, llámense lingüísticos o filológicos, ha sido cumplida hoy en una medida no escasa. La amplia mayoría de los indogermanistas, y un gran número de germanistas y romanistas, se han puesto de acuerdo en algunas de las preguntas fundamentales más esenciales que ocupan a la lingüística desde hace algunos años, aunque no debe dejar de decirse que este acuerdo debe buscarse en parte más en los hechos mismos que en el comportamiento personal de los investigadores entre sí. Sin embargo, falta mucho aún. Sobre todo, creo, los filólogos, y entre ellos especialmente los clásicos, deberían dedicar a estas cuestiones más atención de la que les han prestado hasta ahora. Puesto que las mismas conciernen a ellos en todos lados donde de lo que se trata es de la lengua, del mismo modo que a los lingüistas *cath'exochen*, y están llamados del mismo modo que ellos a contribuir a su resolución completa y definitiva.

Antes se procuraba brindar a los jóvenes que se iniciaban en la filología clásica y en la germánica el consejo de que comenzaran sus estudios lingüísticos con el aprendizaje del sánscrito. Yo no subestimo en modo alguno la importancia del estudio del sánscrito, y no quisiera que el mismo sea suprimido de los planes de estudio de estos filólogos. Pero me parece que para la formación lingüística es más importante que el filólogo –y con esto quiero decir el filólogo de todo género– pueda atender primero a una clase teórica en la cual se lo oriente en cuanto a la esencia del lenguaje y su evolución, de modo tal que se vea capacitado para pensar científicamente en todo lo que concierne a la lengua y ver en este sentido las cosas tal como son. Cuanto más postergue este estudio, más difícil le resultará escapar a los errores fundamentales, acrecentados por el poder de la costumbre.¹⁶ Quisiera aconsejar el ingreso al quehacer científico por este lado, también porque desde allí se puede conectar con todo lo ya conocido y lo que resulta en cada caso más cercano para los diversos filólogos especiales. Una lección teórica de este tipo no necesitaría ser confiada exclusivamente a los 'lingüistas' [*Linguisten*]. Cada docente de las filologías, que se sienta especialmente convocado por la investigación en el ámbito del lenguaje, podría dictarlas.

¹⁵ *Leben und Wachstum der Sprache* [*Life and Growth of Language*], p. 340.

¹⁶ Cfr. a este respecto, n. 9.